

Representaciones del caribe colombiano en el marco de los debates sobre la degeneración de las razas: geografía, raza y nación a comienzos del siglo XX*

*Francisco J. Flórez Bolívar**.*

Resumen

Este artículo analiza las imágenes que se construyeron desde el mundo andino sobre el Caribe colombiano en el marco del debate de la degeneración de las razas en las primeras décadas del siglo XX, y la forma cómo la élite del Caribe reaccionó frente a las mismas.

Palabras claves: Degeneración de las razas, negros, mulatos, indígenas, Caribe colombiano

Abstract

This article analyzes the images that were constructed on Caribbean Colombian by Colombian élite in the context of the racial degeneration debate at the first decades of the XX century, and how to Caribbean elite faced those images.

Key words: Racial degeneration, blacks, mulattoes, Indians, Colombian Caribbean.

Introducción

Una de las preocupaciones centrales de la renovada historiografía colombiana en los últimos años ha sido la de explorar la relación existente entre geografía, raza y nación como categorías complementarias en el proceso de construcción de imágenes que dotan de personalidad histórica a los distintos espacios que estructuran las formaciones sociales. Diversos estudios han reconstruido la manera como ciertos territorios, regiones y los individuos que las habitan son descritos, imaginados y caracterizados siguiendo categorías que muchas veces distan de sus dinámicas y procesos internos, pero que terminan tomando una gran fuerza hasta el punto de ser percibidas y aceptadas como elementos constitutivos y definitorios de sus identidades. Textos como los de Nancy Appelbaum, sobre la conflictiva y nada idílica colonización antioqueña en Río Sucio, o el análisis de Mary Roldan, en torno al intento de construir un proyecto hegemónico en Antioquia que derivó y explica la violencia en las

* Artículo tipo 2 : de reflexión, según clasificación de COLCIENCIAS. Hace parte de una investigación más amplia sobre la consolidación de una élite negra y mulata en Cartagena en el tránsito del siglo XIX al XX.

** Historiador de la Universidad de Cartagena. Ha sido profesor del Programa de Historia de esta Institución, Joven investigador de COLCIENCIAS, y actualmente se desempeña como asistente de investigación del Doctorado en Ciencias de la Educación de esta misma universidad. Recientemente obtuvo una beca de la Comisión Fulbright para realizar sus estudios de Doctorado en Historia de América Latina en los Estados Unidos, y es miembro del grupo de investigación Sociedad, Cultura y Política en el Caribe colombiano del Instituto Internacional de Estudios del Caribe. pachohistory18@hotmail.com

zonas de frontera de este departamento, y los textos de Alfonso Múnera, sobre los procesos que se generaron a partir de la imposición de un proyecto de nación que excluyó a las poblaciones indígenas, negras y mulatas de Colombia, por mencionar algunos de los aportes más representativos, han mostrado la riqueza heurística e interpretativa de explorar dinámicas históricas a partir de esta triple relación: raza, geografía y nación. (Appelbaun, 1999, 2003; Roldan, 2003 ; Munera, 1998, 2005 ; Steiner, 2003; Arias, 2005 ; Serge, 2005).

Siguiendo los aportes y orientaciones de esta importante variación historiográfica quisiera centrarme en la imagen que se construyó del Caribe colombiano -desde el mundo andino- en el marco de uno de los debates más trascendentales que vivió Colombia a comienzos del siglo XX conocido bajo el nombre de la degeneración de las razas. Las representaciones económicas y políticas de esta región en la compleja dinámica de centro/periferia han sido analizadas a partir de los intereses regionales que se tejieron en torno a la llamada Liga Costeña, o siguiendo las políticas económicas nacionales y su impacto en la costa Caribe como una forma de explicar el rezago que la misma experimentó en el siglo XX (Posada, 1985 ; Meisel, 1987 ; Alarcon y Conde, 2006, 2007), pero los contornos y matices raciales de esas dinámicas para el siglo en mención apenas estamos empezando a reconocer su dimensión.

En este artículo me interesa analizar las lógicas de percepción y, sobre todo, de auto-percepción que se registraron en el marco de todas estas discusiones raciales que tuvieron una fuerte incidencia a lo largo y ancho de la geografía nacional, cuyas dimensiones se vivieron con intensidad en esta parte del país. Partiendo de las dinámicas registradas del Caribe en este contexto, en especial las vividas por Cartagena, quisiera demostrar que las imágenes que se construyeron en el debate de la degeneración de las razas de estos territorios, desde el mundo andino, como espacios ausentes de civilización por el poder deletéreo del trópico, habitados por negros incivilizados, y con un escaso proceso de mestización, no solo fueron reproducidas sino también redefinidas por la élite del Caribe colombiano en un intento por insertarse a los discursos de nación del momento, pero ambas posiciones suponían la negación de las condiciones sociales, étnicas y culturales de los sectores negros, mulatos e indígenas que hacían parte de esta formación social.

Contextualizando el debate de la degeneración de las razas

Una vez finalizada la guerra de los mil días y consumada la separación de Panamá del territorio nacional, la élite política e intelectual colombiana se vio nuevamente enfrentada a redefinir los contornos de un proyecto nacional que los procesos históricos mencionados delataron como frágil y maltrecho. La tradicional e imperiosa necesidad de lucir ante los ojos de Europa y Estados Unidos como élites civilizadas, que avanzaban notoriamente hacia el progreso y seguían uno a uno los preceptos que la modernidad indicaba como condición sine qua non, hizo que políticos, científicos y diversos intelectuales colombianos, amparados en teorías ampliamente desarrolladas en Francia, Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos, nuevamente se dieran a la tarea de repensar los elementos constitutivos de la idealizada nación (Martínez, 2001 ;

Quijada, 2002 ; Stepan, 1996 ; Graham, 1990 ; Wade, 1997). Tal y como ocurrió a finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX, las caracterizaciones regionales y el lugar que debían ocupar los sectores indígenas, negros, mulatos y blancos en la sociedad, volvieron a ser el centro de las discusiones y percepciones que se pusieron en escena en el intento de redefinir el proyecto nacional en las primeras décadas del siglo XX (Munera, 2005).

Con igual o quizás más intensidad, durante la primera mitad del siglo en mención las nociones y valoraciones raciales estuvieron a la orden del día en ese intento de recrear y consolidar un imaginario nacional mucho más sólido, pues el ejercicio de repensar la nación se hizo teniendo como telón de fondo uno de los debates más importantes en las primeras décadas del siglo XX: el debate de la degeneración de las razas. La historiografía colombiana, desde distintos ángulos y perspectivas, ha reconstruido en gran medida las aristas centrales de tan significativa discusión. Partiendo de las apreciaciones de Luís López de Mesa, Miguel Jiménez López, Calixto Torres Umaña, Jorge Bejarano, Lucas Caballero y Simón Araujo, protagonistas de primera línea en el debate sobre los problemas de la raza en Colombia, aunada a apreciaciones de figuras como Laureano Gómez, líder del conservatismo y luego presidente de Colombia, diversos estudios han subrayado el consenso general existente entre estos pensadores de la supuesta existencia de un “malestar general” que afectaba a la sociedad colombiana, expresado en unas “debilidades” y “degeneraciones” raciales que se manifestaban en términos políticos, sociales y culturales (Helg, 1989 ; Villegas, 2005 ; Restrepo, 2007; Macgraw, 2007).

Conferencias, artículos y libros, realizados y publicados durante este periodo, dan cuenta de lo significativo de estos debates dentro del proceso de imaginar la nación, y de cómo la categoría raza fue la variable central utilizada para interpretar la sociedad colombiana en las primeras décadas del siglo XX. Jiménez López, uno de los médicos que participó en esta intensa discusión, en el marco del Tercer Congreso Médico colombiano realizado en Cartagena, en 1918, en su conferencia *Nuestras razas decaen. Algunos signos de degeneración colectiva. El deber actual de la ciencia* (Jimenez, 1920, p.8), expresó su controvertida hipótesis de que Colombia presentaba “signos indudables de un degeneración colectiva; degeneración física, intelectual y moral”, cuya explicación obedecía a cuestiones netamente biológicas, y tenía como corolario una serie de “predisposiciones morbosas”, propias de las “taras ancestrales” del país, ejemplificada en una alta presencia de enfermedades (artritis, tuberculosis, tensión arterial alta), una natural proclividad a la emotividad, la locura y la sexualidad precoz, así como una marcada tendencia hacia el infantilismo al interior de la población (Jimenez, 1920, p.8, 19-21). Dos años después, en las famosas conferencias de Bogotá, no dudó en ratificar estos comentarios, mientras sus contertulios, aunque compartieron la mencionada debilidad racial, encontraron la explicación a tal proceso, no en razones biológicas sino en las estructuras sociales, económicas y políticas del país, tales como la falta de higiene, la precaria educación y la extrema pobreza de los habitantes, u otros –como López de Mesa- se identificaban con ambas posiciones, sin desdibujar, claro está, que la heterogeneidad racial con sus “taras ancestrales” constituía uno de los principales obstáculos para la

construcción de una nación homogénea culturalmente hablando (López, 1920 ; Villegas, 2005).

Esas “taras ancestrales”, según mucho de estos autores, por supuesto, devenían de la configuración socio-racial colombiana. La presencia de negros e indígenas, visualizados como seres “bárbaros” e “incivilizados”, era un gran atenuante para avanzar en el proceso civilizatorio, pues, a diferencia de las supuestas condiciones morales e intelectuales superiores de los europeos, los troncos raciales negro e indígena, el primero caracterizado como “un niño grande” y el segundo como un “viejo prematuro”, eran ampliamente inferiores, hasta el punto que la mezcla de estos dos últimos grupos sería desde todo punto de vista perjudicial, por lo cual era urgente que se adelantara una mezcla racial con inmigrantes del norte europeo (ingleses, escandinavos y alemanes), “cuya sangre corrija algunos defectos que van resultando de la fusión étnica...aporte conocimientos y hábitos que favorezcan las industrias y la cultura general” (López, 1930, p. 24, 126-127)

A estas afirmaciones se pueden agregar las apreciaciones realizadas por la figura más representativa del conservatismo durante buena parte del siglo XX, Laureano Gómez, quien, desde sus épocas de director del periódico La Unidad a comienzo de siglo, y luego en sus ampliamente citadas conferencias del Teatro Municipal de Bogotá, en 1928, demostró cuán identificado estaba con las valoraciones que sobre los sectores negros e indígenas se hicieron durante los debates en mención. Refiriéndose a la composición poblacional de las naciones donde estos elementos predominaban expresó lo siguiente:

En las naciones de América donde preponderan los negros reina también el desorden. Haití es el ejemplo clásico de la democracia turbulenta e irresponsable. En los países donde el negro ha desaparecido como en la Argentina, Chile y el Uruguay, se ha podido establecer una organización económica y política (Gómez, 1970, p. 44-46).

Y refiriéndose concretamente a la configuración socio-racial colombiana agregaba:

...nuestra raza proviene de la mezcla de españoles, de indios y de negros. Los dos últimos caudales de herencia son estigmas de inferioridad. Es en lo que hayamos podido heredar del espíritu español donde debemos buscar las líneas directrices o del carácter colombiano contemporáneo (Gómez, 1970, p. 44).

Todas estas caracterizaciones asumían unas connotaciones generalizadoras y homogeneizantes y explicaban la debilidad y degeneración que había experimentado la raza colombiana en singular, pero al mismo tiempo adquirían un grado mayor de complejidad cuando todas estas valoraciones raciales eran analizadas a partir de las variaciones geográficas y regionales del territorio nacional, hasta el punto que espacios como el Caribe colombiano y en general las zonas de frontera fueron representados e imaginados a partir de categorías que muchas veces pertenecían mas a las convenciones y conceptos necesarios de estos intelectuales para justificar sus arbitrarias interpretaciones, y no a las realidades internas de los contextos geográficos descritos.

Los “problemas” del trópico, la valoración del mestizo y la africanización del mundo Caribe

Varias de las apreciaciones realizadas por estos intelectuales sobre la composición racial colombiana estuvieron determinadas por la influencia del medio geográfico y su correspondiente clima. Similar a las apreciaciones realizadas a finales del Siglo XVIII por importantes intelectuales de la élite andina como Francisco José de Caldas o Pedro Fermín de Vargas, quienes construyeron la imagen del Caribe como una zona de frontera, sin ningún rastro de civilización y progreso, habitados por negros y mulatos salvajes, y del mundo andino como el lugar propicio para que surgiera un tipo de individuo con cualidades morales e intelectuales totalmente superiores; o a lo largo del siglo XIX, cuando buena parte de los intelectuales liberales, entre ellos los hermanos José María y Miguel Samper, reprodujeron estos conceptos y le otorgaron un grado mayor de complejidad al sugerir los resultados benéficos del mestizaje (Munera, 2005), en las primeras décadas del siglo XX, frente a nuevas realidades económicas, sociales y políticas, las representaciones socio-culturales que se hicieron de la región Caribe colombiana y de sus habitantes no se alejaron mucho de las mencionadas imágenes.

La plena identificación de buena parte de los intelectuales que participaron en el debate de la degeneración de las razas con la existencia de una supuesta jerarquía territorial, que implicaba la existencia de un centro andino naturalmente superior por la presencia mayoritaria de sectores blancos, en estrecha relación con las condiciones favorables del clima de los altiplanos, aunada a las visiones de los sectores negros e indígenas como seres inferiores en las amplias llanuras ardientes del trópico, fue un punto cardinal y central de esta compleja discusión. Diversos apartes de la conferencia presentada por Miguel Jiménez López, ante el congreso médico de Cartagena, así lo ratifican. Luego de recordar cómo diversas culturas sucumbieron, agotaron o extinguieron bajo la acción del clima devorador del África Septentrional, Jiménez López no dudó en concluir el poder de las influencias ambientales y los obstáculos del trópico en los procesos evolutivos de las regiones y sus habitantes:

... parece demostrado que las razas superiores, aquellas que están llamadas a una cultura intensa no pueden hallar aclimatación ni son capaces de florecimiento en las zonas templadas; bajo el trópico, decaen y desaparecen en breve, y quizá este hecho confirme, una vez más, la vieja creencia de que la humanidad tuvo su origen en lugares situados por encima de la línea equinoccial (Jimenez, 1920, p. 35)

Colombia no escapaba a este designio geográfico trágico, en ella también estaba presente esta configuración bipolar del territorio, donde el eje se encontraba en el altiplano, bastante alejado de los valles y costas ardientes, así como de las zonas bajas y tropicales, lo cual explicaba el atraso de todos estos espacios tan distantes del “centro de gravedad de la conducta del pueblo colombiano” (López de Mesa, 1956, p. 279). En su texto *Disertación sociológica*, López de Mesa, fue más explícito al describir esta realidad a través de la división del país entre andinos y litorales:

Casi todos los países iberoamericanos presentan una polaridad interior geográfica y racial que se dispone en temperamentos diferentes. Por lo común estas divergencias ocurren entre andinos y litorales, es a saber, entre los pobladores de cordillera y los que demoran en las costas y valles ardientes de los grandes ríos (López de Mesa, 1939, p. 351).

Toda esta bipolaridad geográfica adquiere un mayor grado de complejidad por las poblaciones y componentes raciales que estaban apostados a uno y otro lado de tales configuraciones: “Acrece este dicotomía territorial el hecho histórico de que los primeros (andinos) son generalmente mestizos, mientras que en las otras regiones predomina la mezcla negroide, o un cruzamiento más complicado de blancos, negros e indios” (López de Mesa, 1939, p. 351).

Ampliamente influenciado por ese marcado determinismo geográfico y racial, López de Mesa construye una línea imaginaria que distribuye y divide la población siguiendo las influencias climáticas y su poder deletéreo y/o civilizador, así como asigna características de acuerdo a los patrones raciales apostados en ambos territorios:

Por dicha distribución del poblamiento aparece hoy el país dividido en dos porciones étnicas, que, grosso modo, pueden indicarse con una línea limítrofe de Ipiales, al sur, a Riohacha en el Atlántico, para ver que en la región oriental predomina el mestizo de criollo y aborígen, introverso y sutil, y en la Occidental, el mulato de criollo y negro, extroverso, desenfadado.... (López de Mesa, 1956, p. 100).

Dentro de las múltiples interpretaciones que se pueden hacer de esta última acotación de este prestigioso intelectual liberal, me interesa centrarme en la valoración de lo mestizo y en las bondades que estableció en torno al proceso de “mestización” y la forma cómo era entendido el mismo, pues de este dependen no solo las caracterizaciones de los distintos componentes raciales, sino una de las representaciones más importante que se construye del Caribe colombiano en el marco de los debates en mención: la “africanización” del mundo caribe y el “peligro” que significaba su progresivo ascenso hacia el “centro de gravedad” de la sociedad colombiana.

Aunque intelectuales como Laureano Gómez y el mismo Jiménez López encontraron en el mestizaje que había vivido Colombia desde el periodo colonial la explicación de la debilidad y degeneración de la raza colombiana en singular, es claro que en la jerárquica escala racial que se construyó en el marco de estos debates, a comienzos del siglo XX, para algunos de estos intelectuales, el mestizo ocupaba un mejor lugar que los sectores indígenas y negros, hasta el punto de encontrar en el proceso de “mestización” una de las claves centrales para avanzar en el proceso civilizatorio y superar los obstáculos que la indeterminación y heterogeneidad racial suponía para la construcción de la unidad nacional. Nuevamente en algunos apartes del texto *Disertación Sociológica*, refiriéndose a lo inadecuado que hubiese sido en los tiempos coloniales el control efectivo de la paternidad ilegítima de los españoles con el resto de las razas, López de Mesa hace una exaltación del mestizaje al atribuirle la explicación de que las razas “inferiores” no se hubiesen entremezclado con resultados negativos para la “evolución” de la sociedad:

En la restricción de esta paternidad ilegítima, las razas negra y aborigen se habrían multiplicado solas, con un porcentaje ínfimo de estirpe aria, por donde hoy seríamos un pueblo de indios, negros y zambos, de difícil asimilación cultural. En cambio, la caudalosa paternidad de los españoles, que en tan escaso número alcanzó a engendrar en millón y medio de mestizos y mulatos, que por el tiempo de la independencia tenía este país, salvó la situación. (López de Mesa, 1939, p. 205)

Era claro que parte de la valoración positiva de este proceso de “mestización” estaba estrechamente relacionada con las cualidades “superiores” que el componente español le imprimía a los grupos étnicos negros e indígenas: “de ahí resulta que hoy día sea tan difícil hallar una familia colombiana que posea algunas gotas de sangre indígena, ni otra negra o aborigen que no lleve algo de europeos en su constitución” (López de Mesa, 1939, p. 250). Igualmente el mencionado proceso tenía unas particularidades que derivaban nuevamente de la bipolaridad geográfica, pues el mestizo primario, producto de la unión de europeos con indígenas que primaba en el oriente de Colombia, se caracterizaba por adquirir “don de análisis, benéfica inquietud que le permiten enderezar su rumbo hacia buenas posiciones en la política”, hasta el punto que López de Mesa terminaba afirmando que tales características pertenecían a una “raza que mira principalmente hacia dentro, de una raza que tiende a una cultura en profundidad” (López de Mesa, 1934, p. 39) . El mulato, como otro producto del mestizaje de españoles con el negro, señalaba, “elevatorá a orgullo la ingenua vanidad del negro, trocará la desordenada fantasía en mejor organizada imaginación; seguirá siendo voluptuosa, pero ya mas activo y emprendedor; igualmente amable, mas ya rebelde” (López de Mesa, 1930, p. 24).

Ahora bien, todas estas cualidades y características que el mestizaje había impregnado en el mulato no eran suficientes, él por si solo no podía controlar sus emotividades, debía ser expuesto tanto a un tutelaje como a un contacto directo con “focos de inmigración selecta”:

Si se le deja solo, al crecimiento espontáneo de sus tendencias se constituirá una estructura indestructible de hábitos primero, de insensibilidad a los mandamientos contrarios luego...

Empero, concibo la esperanza de que encauzado oportuna y finalmente logre obtenerse una solución satisfactoria (López de Mesa, 1939, p. 344)

Y mucho más importante, el proceso de mestización y tutelaje moral y educativo, aunado al selectivo proceso inmigratorio de europeos de raza blanca, propuesto por Miguel Jiménez López y suscrito por López de Mesa, estaba contribuyendo a la unidad y homogeneidad de la nación, pero sus resultados era aun incompletos; había progresado solo el del binomio español/aborigen (léase español/chibcha), mientras el de negro/español no era tan perceptible, ante lo cual veían con bastante preocupación la presencia de “grupos de color” en ciertas regiones del país:

Colombia ha uniformado ampliamente lengua y costumbres, y hasta revela un temperamento propio dentro de las características genéricas del iberoamericano,

pero aun se halla en trances de graves mutaciones: porque si la “mestización” ha avanzado mucho en lo que se refiere a la blenda español-aborígen, todavía tenemos grupos de color en regiones de difícil acceso, que al crecer aisladamente constituyen en problema por venir (López de Mesa, 1956, p. 343).

Una de esas regiones de “difícil acceso”, alejada del centro cultural andino, era la del Caribe colombiano que, pese a que en varios departamentos que la componía tenía una gran presencia de sectores indígenas, terminó siendo representada y caracterizada como un espacio eminentemente negro. Un breve vistazo al censo étnico de 1918 muestra, por ejemplo, que los departamentos de Guajira y Magdalena tenían una población indígena y mestiza ampliamente superior a la negra, así como Barranquilla contaba con una mayoritaria población mestiza. Incluso el Departamento de Bolívar, cuya capital, Cartagena, tenía una población de negros y mulatos cercana al 80%, tampoco mostraba esos cuadros eminentemente negros dibujados por estos intelectuales, aun existía un significativo 11% de indígenas en estos territorios¹. Aunque dentro de las apreciaciones de estos autores ambos grupos eran considerados “barbaros” e “incivilizados” frente al ideal de nación que se intentaba construir, el esfuerzo por “africanizar” el Caribe colombiano reforzaba las representaciones negativas de estos intelectuales sobre este espacio, pues, a diferencia de lo que había ocurrido con el binomio español/aborígen, los primeros habían transmitido lo mejor y selecto de sus características a los indígenas, mientras que en ciertas regiones –entre ellas el Caribe colombiano– los “grupos de color” no habían contado con tal suerte, viviendo aislados de todo contacto “civilizador”, y sumiendo a la región en el mayor atraso y desorden, sobre la cual había que adelantar una suerte de rectificación moral para sacarlos del estado de “barbarie” que los tipificaba, y no desdibujar la deseada unidad nacional.

Para estos intelectuales, estas “africanizadas” regiones constituían un peligro para la idea de nación homogénea que deseaban construir, pues la sangre negra con todas las connotaciones que le eran asignadas iba ascendiendo del “trópico” hacia el altiplano para interrumpir su progreso: “Hoy sube, lenta e indetenible, la sangre africana por las venas de nuestros ríos hacia las venas de nuestra raza” (López de Mesa, 1920, p. 129). Esta apreciación del mas consagrado intelectual liberal de la primera mitad el siglo XX, López de Mesa, fue compartida y expresada en un tono mucho más contundente por el medico y Ministro de Gobierno conservador Jiménez López, quien pronosticaba –por el poder fisiológico de la sangre negra– el “oscurecimiento” del país:

Una ola de sangre de color oscurece de día en día nuestra población, imprimiéndole a la vez sus rasgos morfológicos y sus reacciones morales...la raza negra, producto genuino del trópico, está llamada a prosperar en el con sus caracteres particulares; las razas diferentes de la negra, refractarias a los rigores tórridos, irán cediendo cada día: el resultado final no es dudoso” (Jimenez, 1920, p. 352).

Contrario a la imagen recientemente expuesta por el historiador Gustavo Bell, en su discusión sobre la denominación Costa Atlántica/Costa Caribe, donde

¹ Censos de los departamentos del Magdalena, Atlántico y Bolívar de 1918.

sugiere que las caracterizaciones negativas y peyorativas que se construyeron sobre esta región en el periodo colonial y a lo largo del siglo XIX variaron hacia visiones más positivas y no tan pecaminosas sobre el Caribe en el siglo XX (Bell, 2006), creo que asistimos a un proceso totalmente distinto al sugerido por Bell Lemus: durante las cinco primeras décadas de este último siglo lo que se construyó fue una serie de representaciones altamente estigmatizadoras de la región y de sus habitantes. En la reconocida anécdota del sobrevuelo de Laureano Gómez sobre la costa Caribe, incluida en su ampliamente racista conferencia del Teatro Municipal de Bogotá, en 1928, luego publicada bajo el nombre Interrogantes sobre el progreso de Colombia, Gómez afirmó que por grandes trayectos el no logró ver rastro de “vida civilizada”, pues esta región estaba completamente habitada por negros, y se daba por sentado y de forma natural que si se debía buscar elementos para avanzar hacia el desarrollo y progreso contemporáneo del país no estaba precisamente en las características del componente negro predominante en la mencionada región. La lógica del líder más prestigioso del conservatismo colombiano, quien en su calidad de senador en el año de 1943 seguía defendiendo la importancia y vigencia del racismo institucional alemán, era muy sencilla: el Caribe se había estructurado por el “espíritu del negro”, así que era imposible hallar “huella alguna de vida civilizada” a lo largo y ancho de su territorio (Gómez, 1970).

Creo entonces que dentro de las múltiples representaciones negativas que se construyeron sobre el Caribe colombiano, en el contexto del debate de la degeneración de las razas en la primera mitad del siglo XX, la imposibilidad de encontrar actitudes civilizadas en las regiones por el poder deletéreo del clima del trópico, el poco avance del proceso de mestización en esta zona del país, y el peligro que representaba la “africanización” de esta región para la consolidación de la unidad nacional, fueron tres de las imágenes más importantes, no solo por los marcadas manifestaciones racistas subyacentes en las mismas sino por las lógicas de auto-percepción que este conjunto de invenciones generaron al interior de las élites del Caribe colombiano, en especial la de Cartagena, que por su mayoritaria población negra y mulata tendió tanto a reproducir como a redefinir estos discursos, en un intento por demostrar los rastros de cultura y civilización que las caracterizaba, y los pasos que estaban dando para avanzar hacia la consolidación de estos importantes aspectos.

Lógicas de auto-representación de la élite del Caribe colombiano

Las actitudes de la élite del Caribe colombiano, específicamente la de Cartagena, frente al conjunto de representaciones que desde el mundo andino se construyeron sobre esta región y sus habitantes, se expresaron en dos dinámicas: una, la reproducción absoluta de los elementos centrales del debate de la degeneración de las razas; y otra, la redefinición de ciertas imágenes contenidas en los mencionados debates. Altamente preocupados por la forma como podía lucir Cartagena ante los ojos de las élites del altiplano y de los visitantes provenientes del extranjero, así como también por insertarse en la redefinida imagen de nación, la primera caracterización reproducida por la élite cartagenera derivaba del conocido culto a la tradición española que se generó en el movimiento regenerador, cuya expresión más contundente fue la creencia

en el poder absorbente de la sangre española frente a los restantes componentes raciales, así como una férrea defensa de las supuestas superiores condiciones morales e intelectuales que caracterizaban a la misma.

Desde mucho antes de iniciarse los debates sobre los problemas de la raza en Colombia, las apreciaciones sobre las bondades intelectuales y morales que transmitía la sangre española a los componentes negros e indígenas fueron comentadas y expuestas en diversos artículos de la época. Desde el periódico El Porvenir, en el año de 1911, publicaron un artículo bajo el sintomático nombre “De Tal palo tal astilla”, donde se dejaba claro el origen racial de los cartageneros contemporáneos; no provenían del negro ni del indígena, sino del hispano:

Somos de raza no ya latina sino netamente hispana. Nuestras cualidades, nuestros defectos son herencia española, y a punto tal nos domina el espíritu de esa raza y tan poderoso es su influjo, que los que llevamos sangre de otra raza la sentimos completamente subyugada por la mínima cantidad de sangre española que junto con aquella corre también por nuestros arterias (El Porvenir, Cartagena, junio 13 de 1911).

Incluso el poeta Luís Carlos López, caracterizado por la reciente historiografía que ha analizado su obra como el intelectual moderno que rompió con las atávicas tradiciones y rancios abolenos de Cartagena, en el marco de la conmemoración del descubrimiento de América, el 12 de octubre de 1915, tampoco pudo ceder ante la tentación de auscultar en lo más hondo de la personalidad histórica del ser cartagenero para mostrar el feeling étnico del “corralito de piedra” con España:

... cumplese hoy 423 años del descubrimiento de América, y a pesar de los cambios políticos y sociológicos porque ha pasado este continente, aun conserva, como prueba de afinidad étnica, fuerte y única, audaz y aguerrida, un sagrado culto a España (Boletín historial, Cartagena, octubre de 1915).

Más que en el ámbito fisiológico, la fuerza de la sangre española –tal como lo exponían los adalides del debate en Bogotá- radicaba en la transmisión de comportamientos en lo moral y lo anímico, hasta el punto que en ciudades mayoritariamente habitadas por negros y mulatos como Cartagena la mínima cantidad de sangre de este componente era suficiente para definir la cultura y costumbres de sus habitantes. Este ejercicio por describir como Cartagena mantenía intacta –como ninguna otra ciudad- las tradiciones y cultura genuinas de la herencia española, les permitía lograr un doble propósito fundamental en el contexto del debate de la degeneración de la raza: primero, exaltar la presencia del tronco racial español que había facilitado un progresivo proceso de mestización; y segundo, mantener las visiones estigmatizantes sobre la mayoritaria población negra y mulata de la ciudad, sobre las cuales las bondades del proceso de mestización, aunado a la ausencia de condiciones educativas óptimas, no había operado aún.

Contrario a la representación construida por Luís López de Mesa o Miguel Jiménez López, de una costa Caribe con escaso avance en la mestización y con alta presencia de “grupos de color”, ciertos integrantes de la élite

defendieron la idea de lo avanzado de este proceso en la ciudad, cuya máxima expresión era la unidad étnica que se había logrado en la región. Luís Calvo Medina, diputado de la Asamblea Departamental de Bolívar, quien recreó el debate de la degeneración de las razas en Cartagena, a partir de las cifras arrojadas por el citado censo de 1918, al hablar de las comunidades indígenas, señalaba que era notoria su escasa presencia, e incluso en otras regiones de Bolívar – decía- estaban próximas a extinguirse, pues no habían podido resistir “la introducción de otras razas poderosas y fecundas”, entre ellas la blanca con sus capacidades morales y la negra por sus naturales condiciones biológicas (A.H.C, 1920). Nueve años después, desde el periódico conservador El Luchador, sintetizaban de mejor forma los resultados de la mencionada mestización en la constitución de un todo homogéneo, una voluntad colectiva que había permitido superar intereses individuales propios de las “taras ancestrales” de las “tribus caribe-africanas” que habitaban la región, pero que gracias a la mezcla con la raza blanca eran cosas del pasado:

Los caribe-africanos de ayer injuriando, desprestigiando y calumniando a nuestros grandes hombres, fue la única labor en que dábamos señales de vida política y por esa obra de indios y negros se sabía que existíamos como porción ciudadana.

Pero por mutaciones en las modalidades de la herencia, que son claros fenómenos de la evolución de la mezcla de las razas negra e indígena con la blanca, que a larga conduce a la selección o a la formación de un tipo superior...por esas mutaciones, que son la curación de nuestras taras ancestrales, ya construimos un todo homogéneo, con una sola alma y una sola acción... (A.H.C, 1927).

En igual sentido Ramón Manrique, en su libro Cartagena y su gente, haciendo una crítica a los discursos que reivindicaban la existencia de razas puras, señalaba que todas las civilizaciones habían sido el producto de fuertes olas inmigratorias que luego de un largo tiempo derivaban hacia una unidad étnica, y destacaba que la sangre española tenía una potencia de absorción tal que luego de varias generaciones de mezclas primaban ante todo sus positivas características:

Quizá porque –mas civilizado- el blanco sabe ponerle al éxtasis supremo mayor combustión mental y por lo mismo, mayor fuerza espermática. En nuestros medios criollos, el fenómeno de la absorción es muy visible. De la primera liga entre blanco y negra o entre negro y blanca resulta un vástago muy visiblemente clarificado: es el mulato. A la segunda generación, la claridad se acentúa, y se presenta un crío que acaso denuncie su ancestro negro por un ligero rizamiento de cabello. De allí en adelante el pelo comienza a alizarse, las facciones a hacerse menos pronunciadas, la piel a blanquearse más y más, hasta que a la vuelta de muchas generaciones, el poder de absorción del elemento blanco se hace preponderante. (A.H.C, 1945).

Era tan fuerte y consolidada esta certeza del poder de la “altiva sangre española” y de lo avanzado del mestizaje que cada vez que hacían referencia a un buen número de mulatos y negros que, a través de la educación y la política y adelantando debates en torno al concepto de ciudadanía, lograron ser parte de la élite de la ciudad (Flórez, 2007), señalaban que los mismos habían

logrado ese avance notorio gracias a las bondades que la mencionada sangre les imprimía. Esta caracterización se constata en la imagen que ciertos sectores de la élite blanca, por ejemplo, hicieron del médico negro Manuel Pájaro H. Ante los ojos de la élite, Pájaro H., cristiano, médico, asiduo lector de los escritores hispanos del siglo de oro, profesor, periodista y, sobre todo, amigo y colaborador de Joaquín F. Vélez, Abel María de Irisarri y Manuel Dávila Florez, líderes del conservatismo y miembros de la aristocracia cartagenera, era una suerte de “negro especial”, pues a lo largo de su vida –decían- había sufrido una “transfiguración interior” que les permitía concluir que sus actitudes reflejaban que Pájaro H. era de piel negra pero de alma blanca (A.H.C, 1930).

En igual sentido, a diferencia de las sociedades turbulentas típicas del trópico descritas por Laureano Gómez, la élite cartagenera se empeñó en sustentar la imagen de un equilibrio racial existente entre los distintos componentes sociales. Aunque existían o coexistían formas de comportamiento totalmente distintas, cuando los diferentes grupos raciales interactuaban en ciertos espacios festivos no se confundían, y gracias a la actitud paternalista y benévola que supuestamente caracterizaba a la élite blanca, el equilibrio racial tampoco se alteraba. Esta imagen contó con el beneplácito de ciertos viajeros como Gaston lelarge, arquitecto francés, responsable de la red de monumentos e iconos construidos en el marco del proceso de modernización que inició con la fiesta centenaria que vivió Cartagena a partir de 1911, quien caracterizó a la élite de la ciudad en los siguientes términos:

...la aristocracia cartagenera, expansiva y muy accesible, es más bien benévola con los inferiores, lo que lejos de desacreditarla, denota, al contrario, un fondo de nobleza ancestral que las costumbres republicanas no han podido alterar... (A.H.C, 1924)².

Las finas observaciones del escritor y cronista colombiano Armando Solano, en sus descripciones sobre el comportamiento de la élite y los sectores “bajos” de la población cartagenera, también descansaban sobre la existencia del mencionado equilibrio racial:

Here family life is selected and austere, everyone knows everybody, with his defects, virtues, and background, and society tends to observe rigid caste distinctions. There are occasions, however, such as certain popular celebrations, when the social extremes meet and fraternize with that typically Spanish sense of democracy, frank, unassuming, jovial, but where there is no confusing who is who among these participants momentarily gathered together. In Cartagena the importation of Africans left particularly dense sediment. The percentage of colored blood in the population is too high. Yet no racial dilemma exists here, there are no clashes of any kind, and it would seem that a type of human being

² Es tan fuerte esta representación de una élite paternalista que analistas contemporáneos, ante la ausencia de movimientos colectivos contra el racismo en Cartagena, acriticamente han reproducido esta imagen, SOLAUM, Mauricio y KRONUS, Sydney (1973) Discrimination without violence. Miscegenation and racial conflict in Latin America, John and Wiley sons, y CUNIN, Elisabeth. (2003), Identidades a flor de piel. Lo negro entre apariencias y pertenencias: categorías raciales y mestizaje en Cartagena. Bogotá, Instituto colombiano de antropología e historia/Universidad de los Andes/Observatorio del caribe colombiano

completely adapted to his surroundings will be fused in the melting-pot of the maternal city. (Solano, 1944)

Sin embargo, las valoraciones de la élite blanca de la ciudad sobre los sectores que no pertenecían a ese círculo de mulatos y negros “especiales”, y en los cuales las bondades y superiores capacidades intelectuales de los blancos no habían operado a través del proceso de mestización, no se distanciaron de las tradicionales visiones de los mismos como seres inferiores y bárbaros –exacerbadas ahora por el debate en estudio-, cuya presencia afeaba la ciudad y no decía de la cultura que debía caracterizar a esta antigua urbe española. Al momento de realizarse festividades como las del once de noviembre, integrantes de esta élite depositaria de la tradición hispana, como Gabriel Eduardo O’byrne o Vicente Martínez Martelo, preocupados por la imagen que se iban a formar los visitantes extranjeros y el peso que podían tener ante sus propias conciencias, sugirieron que los actos que eran considerados como “resabios de bestias humanas...que da a las fiestas cierto matiz de danza salvaje...que transporta la imaginación a la cafrería a las selvas etiópicas” (A.H.C, 1928 ; Flórez, 2008)), se realizaran en espacios que no fueran en contravía de la imagen que querían construir de Cartagena.

Los espacios céntricos y las playas de la ciudad debían estar fuera de las imágenes y habitantes que la exhibieran –ante los extranjeros y la prensa de la república- “como una ciudad salvaje, cuyos habitantes aun usan el aborígen taparrabo”. Esta preocupación la expresaba un columnista del periódico El Porvenir, quien, en octubre de 1918, meses después que Jiménez López presentara su conferencia en Cartagena, suscribió los comentarios que un viajero hizo sobre la ciudad y su población, reconociendo que aunque tales aseveraciones eran amargas no dejaban de ser ciertas, ante lo cual había que tomar medidas urgentes. Citemos en extenso lo que el extranjero señaló y que el escritor cartagenero aceptaba con honda preocupación:

La llegada a Cartagena por la Machina es casi tan desastrosa como la de Barraquilla por Puerto Colombia, y solo la belleza incomparable de la bahía disimula en algo lo sucio y descuidado del desembarco, y más que eso, descuido de las playas que rodean la vía del ferrocarril. No es raro ver jugueteando negritos desarrapados, de una mugre horripilante, o negros ya hechos y derechos, que se bañan en el mar, junto con los chicos completamente desnudos...

Tales escenas debieran impedirse y llenar de árboles las playas hasta donde ello sea posible, para darles belleza y salubridad... (A.H.C, 1918)

Esta fuerte preocupación por la presencia de “negritos desarrapados”, “horripilantes”, a los que había que excluir de las playas, o a lo sumo llenarlas de árboles para ocultarlos y no pasar el ridículo ante los extranjeros o ante la prensa bogotana –como afirmaba el columnista-, fue seguida al pie de la letra, pues los habitantes negros y mulatos de los barrios de Pekín, Boquetillo y Pueblo Nuevo, lugares descritos como miserables, habitados por negros inferiores, compuestos por casuchas y calles propicias para la infección y la propagación de enfermedades, en esa primera mitad del siglo XX, como lo fue posteriormente bajo las mismas justificaciones el Barrio de Chambacu, fueron expulsados del perímetro cercano al cordón amurallado en un intento más por

mostrar una ciudad que se sabía negra y mulata pero se pensaba y se sigue pensando blanca.

Esta visión de ciudad excluyente se reforzó más cuando su élite vio en el turismo el nuevo renglón económico que facilitaría el desarrollo de Cartagena. Desde comienzos del siglo XX ciertos sectores comenzaron a pronosticar su promisorio futuro turístico, expresado en la gran afluencia de turistas nacionales y extranjeros atraídos por la belleza de sus playas y sus monumentos históricos:

Hoy cartagena se halla embellecida en todo y promete ser la perla del Atlántico...la sonriente ninfa colombiana...dentro de poco será la heroica la gran capital americana, la que con el magnetismo de su hermosura traerá a sus playas muchos barcos llenos de fuertes capitales y turistas de países lejanos (A.H.C, 1913).

Pero para este periodo la futura “perla del Atlántico”, al igual que las otras ciudades del país, incluida la “Atenas suramericana”, (Bogotá) estaba lejos de ser la espectacular ciudad modernizada que estos sectores de la élite intentaban representar; calles intransitables por los lodazales y charcas en los barrios, permaneciendo gran parte de su tiempo a oscuras y precarios servicios públicos en general, y llena de moscas y plagas que propagaban enfermedades fueron una constante, hasta el punto que certeros comentaristas señalaron que Cartagena estaba a “un lado de la corriente de la civilización”³. Siendo fieles a los preceptos señalados en el debate de la degeneración de la raza, específicamente los relacionados con el poder deletéreo del clima del trópico, comenzaron a señalar que se hacía urgente mejorar las condiciones higiénicas favorables para la ciudad, pues se sabía que el “clima influye favorable o desfavorablemente en tal o cual individuo, de donde necesidades y ciudades higiénicas particulares”. Y luego argumentaban:

Endemias hay peculiares a señaladas regiones: de donde la necesidad de medidas colectivas. En las ardientes y abrasadoras regiones del litoral, habrá de ocupar la atención del higienista el paludismo, la fiebre amarilla etc, en las regiones de las alturas primara tener en cuenta las enfermedades pulmonares, las cardiovasculares etc. En cada región su clima tiene su patología (A.H.C, 1923).

Las voces y discursos a favor de la aplicación de los preceptos higiénicos y de su importancia en el interés de “mejorar la raza” se expusieron una y otra vez en conferencias y artículos, así como también se realizaron una serie de acciones, propias del lenguaje eugenico del periodo, para mejorar las condiciones higiénicas de la ciudad. Fortalecimiento de las juntas departamentales y municipales de higiene, formación de la sociedad de embellecimiento y mejoras públicas, así como el derrumbe de ciertos tramos de las murallas para tener una mejor circulación de aire, fueron algunas de las

³ La cita completa, recogida por el Diario de la Costa, señala textualmente: “cartagena está colocada a un lado de la corriente de la civilización...La ciudad se encuentra llena de moscas que propagan enfermedades y hacen insoportable la vida... En pleno siglo XX cuando el progreso y la civilización de los pueblos han penetrado por todos los rincones del mundo, existe un pueblo que vive la vida del hombre primitivo, ese pueblo es Cartagena de Indias. La Heroica. A.H.C. Diario de la Costa, Abril 13 de 1923.

medidas adelantadas. Y mucho más importante, ya en los años 20s se iniciaron una serie de campañas sistemáticas para que el Estado aportara dineros para limpiar y recuperar las mal olientes y poco conservadas murallas, y diversos monumentos históricos del “corralito de piedra” (A.H.C, 1923).

Es en este punto de la historia, cuya consolidación es más evidente en la segunda mitad del siglo XX, donde las valoraciones sobre el Caribe colombiano y sus habitantes sufren una redefinición, no en el sentido positivo propuesto por Gustavo Bell, sino manteniendo las mismas cargas peyorativas, solo que a través de otros conceptos: los habitantes dejaron de ser bárbaros e inferiores para convertirse en “corronchos”, y el trópico, aunado a la trilogía murallas-playa-sol, adquiere el valor de sitio exclusivo para veranear y poder disfrutar de las “industrias del pecado” (prostitución, drogas, juegos de azar) -al decir de Emilio Pantojas (2006) - que el turismo del Caribe colombiano sigue ofreciendo a sus “ilustres” visitantes.

A manera de reflexión

Las discusiones que estuvieron en juego en el contexto del debate sobre la degeneración de las razas partieron del supuesto que existían una serie de condiciones para suponer que la raza colombiana –en singular- estaba manifestando unos signos de debilidad o degeneración. Sin embargo, a medida que se fueron incorporando variables relacionadas con el clima, la geografía y la raza, aunada a la noción de nación que se intentaba construir y proyectar, esta visión fue derivando nuevamente hacia las tradicionales jerarquías territoriales y raciales, donde el mundo andino se autoproclamó el centro civilizador de las distantes y bárbaras costas y llanuras ardientes, así como de las zonas bajas y tropicales, y de sus “inferiores” habitantes negros, mulatos e indígenas.

Las actitudes de la élite de Cartagena se movieron entre la reproducción y/o la redefinición de los preceptos establecidos en los debates de la degeneración de las razas, pero ambas dinámicas devenían en un mismo camino para los sectores negros y mulatos de la ciudad: su no aceptación con sus características sociales, étnicas y culturales dentro de la imagen de ciudad que se intentaba proyectar para insertarse dentro de un imaginario nacional que defendía la superioridad andina, leída como blanca y alejada del trópico, y africanizaba y le daba estatus de bárbaros a aquellos que estaban alejado del “centro de gravedad” de la sociedad colombiana. Fue sobre la negación de sus realidades socio-culturales, a través de las dos actitudes señaladas, que las élites del Caribe colombiano construyeron las imágenes de ciudad que aun hoy día siguen reproduciéndose.

Referencias Bibliográficas

Fuentes primarias

Archivo Histórico de Cartagena

A.H.C. Diario de la Costa, cartagena, junio 21 de 1920.

A.H.C. Diario de la Costa, Cartagena, abril 5 y 13 de 1923

A.H.C. Diario de la Costa, Cartagena, marzo 16 de 1945.
A.H.C. El Luchador, cartagena, agosto 5 de 1927.
A.H.C. El Luchador (segunda época), Abril 9 de 1930.
A.H.C. La Época, Cartagena, Septiembre 26 de 1913.
A.H.C. La Época, Cartagena, febrero 13 de 1917;
A.H.C. La Patria, Cartagena, noviembre 26 de 1924
A.H.C. El Mercurio, Cartagena, noviembre 17 de 1928.
A.H.C. El Porvenir, Cartagena, 1911.
A.H.C. El Porvenir, Cartagena, octubre 2 de 1918.

Academia de Historia de Cartagena. Boletín Historial, Año 1, nº 6, Cartagena, octubre de 1915

Censos de los departamentos del Magdalena, Atlántico y Bolívar de 1918.

Fuentes secundarias

Alarcon Meneses, Luis (2006), representaciones sociales y políticas sobre el caribe colombiano, ABELLO VIVVES, Alberto (comp), El Caribe en la nación colombiana. Memorias de la X catedra anual de historia "Ernesto Restrepo Tirado", Bogotá, Coed. Museo nacional de Colombia/Observatorio del caribe colombiano.

Alarcon Meneses, Luis y Conde calderon, Jorge, (2007) social representations of national territory and citizenships in nineteenth-century history and geography textbooks of the colombian caribbean region, Pedagógica histórica: international journal of the history of education. Vol. XLIII, Nº 5 , Carfax and Publishing limited.

Appelbaum, Nancy,(1999) Whitening the region: Caucaño mediation and "Antioqueño colonization" in nineteenth-century Colombia. The Hispanic American Historical Review. Vol. 79, Nº 4, PP. 631-667.

Appelbaum, Nancy (2003) Muddied waters. Race, region, and local history in Colombia, 1846-1948. Durham, Duke University Press.

Appelbaum, Nancy (2007) Dos Plazas y una nación: raza y colonización en Ríosucio, Caldas 1846-1948. Bogotá, Universidad de Los Andes/ICANH/Universidad del Rosario.

Arias Vanegas, Julio. (2005). Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialísimo y taxonomías poblacionales. Bogotá, Uniandes-Ceso.

Bell Lemus, Gustavo (2006). ¿Costa Atlántica? No: Costa caribe, ABELLO VIVVES, Alberto (comp), El Caribe en la nación colombiano. Memorias de la X cátedra anual de historia "Ernesto Restrepo Tirado", Bogotá, Coed. Museo nacional de Colombia/Observatorio del caribe colombiano.

Cunin, Elisabeth. (2003), *Identidades a flor de piel. Lo negro entre apariencias y pertenencias: categorías raciales y mestizaje en Cartagena*. Bogotá, Instituto colombiano de antropología e historia/Universidad de los Andes/Observatorio del caribe colombiano.

Flórez Bolívar, Francisco Javier (2007). *La construcción de un orden socio-racial en Cartagena, 1910-1945*. Informe final de investigación presentado a Colciencias, cartagena.

Flórez Bolívar, Francisco. (2008) "Rastros, rostros y voces del racismo institucional en cartagena: un acercamiento a partir del debate de la degeneración de las razas, 1910-1930", (Inedito).

Gómez, Laureano (1970). *Interrogantes sobre el progreso de Colombia*. Bogotá, Editorial Revista colombiana.

Gómez, Laureano (1989), *de la ciencia y el racismo*, Laureano Gómez: obras completas Tomo II, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.

Helg, Aline. (1989) *Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina*, Estudios sociales, N° 4, Bogotá, Universidad Nacional-sede Medellín.

Jimenez López, Miguel. (1920). *Nuestras razas decaen. Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares. El deber actual de la ciencia*, Bogotá, Imprenta y Litografía de Juan Casis.

López De Mesa, Luís, et al (1920), *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá, El Espectador.

López De Mesa, Luís (1930). *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*. Bogotá.

López De Mesa, Luís (1934). *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Bogotá, Librería colombiana.

López De Mesa, Luís López. (1939), *Disertación sociológica*. Bogotá, Ed. El Gráfico.

López De Mesa (1956), *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*. Bogotá. Academia colombiana de historia.

Martínez, Frederic. (2001) *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Bogotá, Banco de la República/ IFEA

Meisel Roca, Adolfo (1987), *¿Por qué se disipó el dinamismo industrial de Barranquilla?*, *Lecturas de economía*, N° 23, PP. 57-84.

Mcgraw, Jason. (2007), Purificar la nación: eugenesia, higiene y renovación moral-racial de la periferia del caribe colombiano, 1900-1930” en: Revista de Estudios Sociales N° 27, Bogotá, Universidad de los Andes, 62-75.

Munera, Alfonso, (2005), Fronteras imaginadas. La invención de las razas y la geografía en el siglo XIX colombiano, Bogotá, Ed. Planeta.

Munera, Alfonso. (1998). El fracaso de la nación. Región, raza y clase en el Caribe colombiano. Bogotá, banco de la República/ el Ancora editores.

Pantojas García, Emilio.(2006) “De la Plantación al resort: El caribe en la era de la globalización”, en: Publicación, revista de Ciencias Sociales, N° 1, Centro de Estudios Sociales, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico-San Juan, PP. 84-100.

Posada Carbo, Eduardo. (1985) la liga costeña de 1919, una expresión de poder regional. Boletín Cultural y Bibliográfico N° 3 Vol. XXII, Bogotá, Banco de la República.

Quijada, Mónica (2002), En torno al pensamiento racial en Hispanoamérica: Una reflexión historiográfica, Estudios Interdisciplinarios de América latina y el caribe, Vol. 3, N° 1, Madrid.

Restrepo, Eduardo. (2007) Imágenes del “negro” y nociones de raza en Colombia a principios del siglo XX”, Revista de Estudios Sociales N° 27, Bogotá, Universidad de los Andes.

Roldan, Mary (2003). A sangre y fuego. La violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953. Bogotá, ICANH/ Fundación para la promoción de la Ciencia y la tecnología.

Serje, Margarita (2005), El revés de la nación. Territorios salvajes y tierras de nadie. Bogotá, Uniandes-CESO.

Steiner, Claudia (2003) Imaginación y poder: el encuentro del interior con la costa en el Uraba 1860-1900. Medellín, Universidad de Antioquia.

Stepan, Nancy Leys. (1996) Hour of eugenics. Race, gender and nation in Latin America, Ithaca Cornell University Press, GRAHAM, Richard. (1990) The idea of race in Latin America, Austin, University of Texas Press.

Solano, Armando. (1944), “Cartagena. An appreciation”, in: Guardians of the Pacific, N° 3. San Francisco, The book club of California.

Solaum, Mauricio y KRONUS, Sydney (1973) Discrimination without violence. Miscegenation and racial conflict in Latin America, John and Wiley sons.

Villegas Velez, Alvaro. (2005), raza y nación en el pensamiento de Luís López de Mesa: Colombia, 1920-1940”, en: Estudios Políticos, N° 26, Medellín, PP 209-232.

Wade, Peter, (1997), race and ethnicity in Latin America. London, ed. Pluto press.